

Mosaicos

Cosla, Luis Fernando

Antología

LITERATURA.AR

ÍNDICE

Pena mulata

Milonga sombría

Punta y talón

Brindis de hielo

Ébano y marfil

Torbellino para el olvido

Misterio murguero

Clavel escarlata

Chicharras, sirenas y fuelles

Abstinencia previa

Requiebre final

Milonga sombría

La noche incierta, la luna tuerta como una muerta,
se esfuma en el carnaval.

Sombras perdidas, desconocidas, calles vencidas,
impiden transitar.

Mis piernas son un tambor, mi arco raspa el violín.

Estribillo en la mayor: la gloria del bailarín.

Milonga y tango, cuarteada en fango, alcohol chimango,
mezcla mortal.

La ropa oscura con la tintura en la premura,
negra y fatal... mezcla mortal... negra y fatal...

Punta y talón

Esa noche, al salir del tango club, cargó su violín, se despidió de los músicos y encaró la vuelta a su casa. Para abreviar el camino, se internó por unas híbridas hipotenusas adoquinadas. Las amarillentas luces de los faroles demostraban una garúa incómoda y casi imperceptible, mientras el bicherío se agolpaba desesperado buscando esos soles artificiales. Era carnaval, las calles estaban cortadas por los corsos, las murgas con sus toscos parches le impedían el cruce. Terminó perdiéndose en oscuros y solitarios empedrados. Se despistó mientras improvisaba cuartetos en dos por cuatro y seis por ocho, polirritmias cerebrales que pocas veces llegaban al papel. Caminó por sitios desconocidos, alejándose de las luces carnavalescas e internándose en la oscuridad. Alguna chicharra desvelada musicalizaba su viaje. En ese agobiante laberinto arrabalero, que parecía no tener fin, vio movimientos extraños. De la nada se le aparecieron unos tipos encapuchados con la mirada dura y cruel. Vislumbró el brillo de sus navajas, nada bueno podía esperar. Calá, calá, que sopla el viento... Calá, calá, calamidad... Huyó apurando sus botitas de charol, negro y reluciente, que repicaban un remedo candombero: Punta y talón, látigo y tambor, breves pizzicatos, amplio vibrato, cartel de neón, punta y talón.

Vio un letrero de un verde apagado y funesto, algunas letras parecían mudas, intuyó que decía algo como “Bar del carpintero”. Se acercó y vio que estaba abierto, era un lugar casi desconocido, lo percibió como un aguantadero, como su salvación. El sitio permanecía inmóvil y fuera del tiempo. Ahí, en la pared, detrás del mostrador, impactaba la profusión de botellas con etiquetas coloridas y gastadas.

Entró al lugar boqueando por el apuro y el único parroquiano que estaba sentado en la barra, vestido con un traje azul a rayas, pasado de moda, de

mafioso, canas en la cabeza, barbilla en punta, bigotes manchados de tabaco,
pucho vencido en los labios, la saludó y le dijo:

—¿Músico?...

Brindis de hielo

No era muy difícil adivinar su profesión, vestía un esmoquin, un corbatín negro y una camisa blanca, uniforme orquestal, luto fulero, maldito carnaval, falso milonguero, el violín en la espalda, estuche averiado, apretadas las nalgas por un miedo apagado. No le contestó...

—Tranquilidad, afloje, respire profundo, acá es seguro...

—Hay... unos tipos... me siguen.

—No se haga problema, yo me hago cargo, esos no van a molestar nunca más. Venga, siéntese, yo invito, ¿Qué quiere tomar?

No le respondió, el susto no le permitía hablar, pero se sentó junto a él en lo que parecía ser la única mesa iluminada, entonces llegó una morenita, que les dijo:

—Buenas... ¿Qué desean?

El hombre le contestó:

—Lo de siempre.

—Un Fernando, 30/70, ¿y Usted?

La morenita le tiró un menú y la persona, asustada y temblorosa, leyó en voz alta: “Negroni”.

—Marche un Fernando y un Negroni.

El tipo le dijo:

—Fernando Negroni ¿Lo conoce?

—No

—Usted no es un caballero.

—¿Importa?

—Pero está ataviado como hombre, es un travestido...

—No, para nada, mire, le explico, toco en una orquesta de “señoritas”: “Los Falsos Canyengues”. Somos dos violines, dos bandoneones, piano y

contrabajo y nos vestimos como hombres para ser, supongo, más respetadas. Tocamos en los salones para que los asistentes bailen, mucha milonga, puro tango. Bailar con grabaciones, para mí, es una traición. Nosotras vamos siguiendo a las parejas y cuando vienen los que saben, los esperamos en los cortes y las quebradas.

Ella se descolgó el violín notando un tajo en la funda, sus ojos se entristecieron, y con ternura acarició la tela rasgada. El mafioso, viendo el cariño de la dama, preguntó:

—¿Es un instrumento valioso?

—Es el “muleto”, un violín que me acompaña desde mi adolescencia cuando fui grande para el un medio. Es un siete octavos, una rareza, un violín italiano, remedo de un Amati. Tengo otro hecho por un luthier, pero el muleto es puro tango, elegante, milonguero y sentimental, hiriente y brillante como el filo del puñal.

—¿Por qué “muleto”?

—Era el nombre que llevaba en el estuche original... por el barniz oscuro, supongo, o porque es más corto que el cuatro cuartos. Mi padre se lo compró a un anticuario en Monserrat.

—Acá cerca, en el barrio del tambor, solía haber ferias de antigüedades. ¿Ahí lo habrá comprado?

—No sé... Casi que se lo regalaron. Papá lo mandó a reparar y el luthier lo dejó impecable y ni le quiso cobrar. Fue el mejor regalo de mis quince...

—¿Y su nombre, señorita?

—Nunca lo sabrá, ¿y el suyo?

—He tenido varios...

La morenita trajo los vasos con esos líquidos oscuros y brillantes, los cubos de hielo se apelmazaban, presos del vidrio, sin esperanza de sobrevivir a su lenta agonía.

El hombre levantó el “highball” con la bebida mulata, de fernet y coca-cola, coronada por una rodaja de limón:

—Salud.

—Salud.

Brindaron, el tintinear de las copas evocaba los satánicos armónicos de “La Campanella”, el hombre se bajó de un trago su bebida y le preguntó:

—¿Sabe que quien brinda con un desconocido puede pedir un deseo?

—No.

—Pida lo que quiera.

—No sé, me gustaría tocar bien en el concurso que tengo en abril para entrar a la Sinfónica.

—Hecho, le irá bien... El cargo será para usted.

—¿Y su deseo?

—Volver a brindar... ¡Otro, morena!

Ébano y marfil

El hombre quedó pensativo, apuró su bebida y gritó:

—Venga Sebastián, tóquese algo maestro.

Sebastián, casi un esqueleto, arremetió en el piano vertical, demostrando su versatilidad en la milonga. Introdujo “Pena mulata”. La morenita cantó con dulzura “Pena mulata, que se desata, bajo la bata de broderie...” y ella y el pianista hicieron un gesto para que continuara la violinista, que se atrevió a cantar por primera vez ante el escaso público “dolor de milonga que apenas prolonga con queja tristonga la noche de abril”. La morenita siguió cantando y la joven música respondiendo. Al final, recibieron un bravo de Homero, el tipo que estaba detrás del mostrador, y un aplauso del mafioso que le dijo a la señorita:

—Usted merece vivir muchos años más —y dirigiéndose al que parecía el dueño del bar gritó:

—Homero, otro Negroni...

—No creo que lo aguante —dijo la mujer y la morenita le trajo otro vaso con el cóctel...

Ella lo apuró hasta la mitad, le pareció algo fuerte, pero a esa altura de la noche cualquier bebida le venía bien, miró el reloj y escuchó las campanadas de la medianoche, buscó su celular en los bolsillos, pero no lo tenía, pensó que podría haberse caído en el apuro, y por cortesía le preguntó:

—¿Quién era ese Negroni?

—Un negro, claro, un cuarteador. Hombre inteligente, había, inclusive, terminado la primaria, y se dedicó al oficio de sacar carros empantanados. Era un maestro en el manejo de los percherones, pero después cambió por un oficio más placentero.

—¿Más placentero?

—Negroni tenía un poder... Le decían el tumbador de Mataderos, no solo porque tocaba la tumba con la maestría del negro candombero, sino porque podía revivir a las muertas.

—Me cuesta creerle.

—Usted es una dama y no quisiera ser explícito, pero Negroni, cuentan, yo lo vi, claro, oscuro. Era superdotado y, como diría Jorge Luis “A las pardas zaganeras no les resultaba ingrato el amor de ese valiente...

—Que les dio tan buenos ratos.”

—Así que la señorita sabe de poesía.

—Escribo cuartetas en mis ratos libres.

—Claro, Negroni, decían, era hijo de libertos, pero nunca supimos su verdadero nombre, ni el nombre de los amos de su familia. Cuando estaba chupado algunas veces gritaba soy Obbatalá, soy un Orishá o algo parecido, Fernando Negroni era un apodo, un alias... Bailarín y jugador...

—No sé si chino o mulato...

—Grande Borges, pero este era negro, negro como el carbón.

—Bueno, ¿era alcohólico?

—Y, sí, un poco, al final no le fue tan fácil complacer a su clientela funeraria.

—¿Se le daba por la necrofilia?

—Mire, permítame contarle la historia.

—La verdad quiero volver a mi casa, ¿pasan taxis por aquí?

—Están las calles cortadas por el corso, hay que esperar la última comparsa, la “cumparsa” de los negros...

—Al “cumpás” del tamboril.

El veterano encendió un cigarro, ella, no aceptó el envite, su cabeza empezaba a dar vueltas, y apoyó sus codos en la mesa. Las piedras heladas del Negroni la atraían y se desdibujaban en cientos de imágenes transparentes, como espejos infinitos. Se dio cuenta de que el tipo no la dejaría en paz hasta

que le contara la historia del moreno. Un breve sorbo estampó el color de sus labios, sangre y rubor, en el filo del “old fashioned”.

—Todo empezó, en este bar, aquí venían los músicos después de sus trabajos nocturnos, algunos preferían el whisky, otros la ginebra, algunos el champagne, otros la caña, y las damas más sofisticadas los cócteles de moda. Se podía escuchar a los mejores tangueros improvisar milongas, a los poetas decir sus letras, una melange entre profesionales y aficionados. Ahí venía ese negro habituado al barro, impecable, bañado, elegante, limpio para tomar su trago, para bailar tanto con las blancas como con las morenas, y había una polaca o rusa, tan nívea y hermosa como una de las nereidas. La señora estaba casada con un gringo que no le cumplía, que la molestaba cada tanto con poco entusiasmo. Ella miraba al cuarteador con ganas, con intención, lo provocaba con los ojos, lo apretaba en el firulete buscando el puñal debajo la crin, y Negroni no era de piedra... En un descuido abrió el camino y se la llevó pa'l cuarto... Ve esa puerta, ahí hay una habitación donde Homero, el dueño, se queda para dormir la siesta, usted si quiere puede recostarse mientras esperamos a los negros.

—No, cuando abran la calle, me voy.

—Bue... A ver morenita otra ronda.

—Usted me quiere emborrachar...

—No, solo quiero que encuentre la felicidad.

—Siga con el cuento, que se va a hacer tarde, que la cosa está que arde, ahora, ahora es el momento.

—El bar enmudeció, los gritos de la dama eran impactantes.

—Así es la mujer en el amor, placer y dolor, dolor y placer.

—Todos callados escuchando como Negroni encaraba la cuarteada y cumplía la faena, todos imaginaban los olores, los ojos desorbitados del negro y los párpados cerrados de la dama, y en eso entra el esposo, el gringo incumplidor. Imagínese, las sonrisas socarronas de los oyentes, y ciertos gestos

burlones con los dedos. En un santiamén el gringo cae en la cuenta de que es su mujer la gritona, y entra daga en mano a la piecita y ve a la rubia montada encima del negro, cabalgándolo al trotecito lento y mirando la ventanita del cielo. El gringo le encaja una profunda puñalada entre los bamboleantes senos – sangre por todos lados –. Ella, claro, detiene el galope. Seis u ocho parroquianos hicieron falta para detener al gringo y ponerlo a besar el piso. Negroni estaba atrapado, como en un laberinto armónico “Facilis aditus, difficiles exitus”. La contracción muscular, el rigor mortis, de la dama no lo dejaba salir; un mequetrefe intentó separarlos, agarrando de la cintura a la muerta, cuyos ojos reflejaban esa mirada mortuoria, inconfundible y fría. Las nalgas de la mujer, duras como mármol de lápida, se aferraban al cuerpo del amante como un nudo imposible de soltar, mientras este mantenía su dureza eréctil... Hasta que desde el fondo Homero (ahí como lo ve un gran poeta) pega un grito con las mismas palabras que Negróni le decía a sus pingos cuando se empacaban: “Termine negro, termine la faena, no se retobe, ni sea rebelde. Levante el carro, aguante la correa, que, si no sale, vendrá el rebenque.” Y Negróni liquidó el trámite, se aflojó y la mujer dio un chillido, el grito del clímax, el aullido de la resurrección. La sangre paró, solo quedó entre sus senos, una suave mancha carmín ¡La hembra estaba viva!

Entonces llegó la policía y esposó al gringo acusado de asesinato, pero su víctima, cubriendo su desnudez con una bata de broderie estaba vivita y coleando, abrazando y besando a Negróni que agotado y brillante por el sudor no podía salir del asombro. La rubia allí se colgó las prendas, y apareció más platiada que la luna.

—¿No me vendrá, ahora, con el Fausto criollo?

—Gran libro, sin duda, pero esta historia es cierta. Así le digo, se corrió la voz entre los conventillos, y una familia de alto nivel lo contrató, le ofreció un montón de billetes...

—¿Por?

—Se les había muerto la hija, a los quince años, un día antes de cumplirlos. Fue una bala perdida, o alguien apuntó a su matriz, o algo así y como dijo el poeta en *Delectación amorosa*: ... tus rodillas exangües sobre el plinto manifestaban la delicia inerte...

—Y a nuestros pies un río de jacinto, corría sin rumor hacia la muerte.

—Claro, Lugones... Y Negroni fue a la cripta donde el cadáver femenino lo esperaba en el cajón. Ya la habían velado y todo, y no entremos en detalles, pero Negroni le sacó la mortaja y la hizo debutar. La señorita resucitó y salió, con una sutil decoración morada debajo del ombligo, caminando sin ropas y a los gritos por el cementerio. El hecho hasta salió en los diarios, y fue la noticia que asoló los pasquines: “Mujer desnuda corriendo por las tumbas de La Recoleta...” y así fue que lo llamaban de todos lados, se llenó de plata, empilchaba elegante, pero, Negroni tenía sus códigos, nunca menores, ni hombres, tampoco veteranas, y solo mujeres que no pasaban la semana de finadas. No quería testigos presenciales, nada de mirones. Entre las nuevas muertas y las viejas resucitadas no tenía descanso, no daba abasto, ¡Un semental...! ¡Muy cumplidor!

—¡Mozo, jinetazo, ahijuna!

—Como creo que no hay otro...

Ella notó que la cristalería se multiplicaba. La cabeza le daba vueltas, y hacía un esfuerzo para no decir pavadas o quedarse dormida. La voz del hombre, cálida y apasionada, con innumerables inflexiones la mantenía interesada; la historia era absorbente y estaba llena de misterio, mezcla de Borges y Estanislao del Campo, mixtura entre Manzi y Lugones, un cóctel literario tan absurdo como imposible, un contrapunto bizarro y embriagador entre Piana y Piazzolla. El narrador, que ya se había bajado varios fernets con coca sin consecuencias aparentes, continuó:

—Pero, claro, no todas son frutas maduras en las viñas del señor.

—Me imagino, la cantidad de servicios.

—Sí, no solo eso, las muertas vivas lo llamaban porque ningún hombre podía satisfacerlas.

—¿Tan así?

—Peor, ni Negroni.

—Andaba fallando la grúa...

—No, él se empeñaba, se esforzaba, pero no hay placer más placentero que la resurrección, las revividas se suicidaban para que el negro las devolviera a la vida y tener, así, el goce total. Miré, la hembra viva disfruta, pero la muerta cuando renace explota de felicidad. Obtiene el verdadero deleite supremo, la satisfacción más completa que una mujer pueda tener, así lo contaban las damas: Éxtasis al morir y renacer en el mismo instante.

— Ahhhh...

—Lo llamaban de las cocherías mortuorias, para quedarse con alguna comisión, pero a Negroni no le gustaban los velorios, ni el chisporroteo de los deudos. Y como le decía empezó una ola de suicidios. El gobierno intentó pararla prohibiendo las necrológicas femeninas porque se daban noticias que después había que desmentir. Mire, me acuerdo de una de tantas que decía: “La señora de tal y tal hija del reconocido fulano de tal falleció ayer después de una larga enfermedad” y, al día siguiente, salía la fe de erratas diciendo que la fulana solo había tenido un breve desmayo. Otra decía: “Hondo dolor ha causado entre sus conocidos el accidente de la señora mengana, que cayó del balcón...” y un par de días después se podía leer un titular: “Fue un susto”... la señora mengana goza de buena salud a pesar de la caída...” Varios médicos creyeron que había una peste, por las manchas encarnadas que ostentaban, orgullosas, tanto las señoras como las señoritas.

—¡Opa, opa!, traéme otro, morenita...

—Y el negro se deprimió, se cansó, se acercaba al bar y se tomaba todo, para que cuando lo llamaran, estuviera dormido, y no hacer el trabajo. Hubo un tiempo que daba pena, andrajoso y sucio, pero dejó el licor, cuando supo

que la rusa, una suicida serial, estaba embarazada. Ahí, Negroni dijo perder su poder, una mentira, y aunque usted no lo crea a veces pasa por aquí para visitar a su hija. —El hombre señala la barra donde está la joven camarera mulata —Esa, la ve, la morenita que nos atiende. Dicen que el gringo cornudo lo apuñaló en un día de carnaval, pero nunca encontraron su cadáver, el moreno hizo correr ese dato para que lo dejaran tranquilo.

—¿Vive?

—Algunos hablan de un pacto, otros creen que es un ángel negro y hasta están los que lo veneran y le piden milagros, al igual que al Gauchito Gil, el santo de mi devoción. No quiera saber más, la ignorancia puede que la salve, pero le aclaro, en algunos casos el moreno aparece y hace el trabajo sin pedir nada a cambio, algo así como por vicio nomás, cuando cree que la dama lo merece, aunque no ignora que también la condena.

—¿La condena?

—A buscar en la muerte el múltiple orgasmo de la vida...

Torbellino para el olvido

Los negros candomberos cantaban improvisando rimas olvidables, recordando al héroe que nunca fue símbolo del lumpen. Cuatro negras por compás, marcando el silencio en la conga y sincopando el repique. El arrabal dejó de existir envuelto en el alcohol de llamas azules, mal quemadas. Las sombras danzan mientras sufren las convulsiones del final, del amanecer, acompañando el eterno entierro nocturno sin la gloria de los tiempos pasados y salmodian alejándose del carnaval para volver a ser el alma del sabalaje.

Fernando Negróni no ha muerto,
aunque en su moreno cuerpo
sobresalga una daga plateada.

La vida le dio todo, la muerte, nada.... La vida le dio todo, la muerte,
nada....

Misterio murguero

Cuando la dama se levantó para ver la murga, se desmoronó, le pareció que todo el bar daba vueltas como en una montaña rusa. El mafioso la sostuvo. Junto con Homero y Sebastián la llevaron al cuarto, la desnudaron. La morenita juntó las ropas y entre todos la acostaron en la impecable cama, la cubrieron con una fina sábana de lino, apagaron las luces y se fueron, (el mafioso enferrado para saldar la cuenta pendiente) mientras oían el cantito de las pardas que cerraban el desfile: “Al negro de mis amores, no le gustan los mirones... Me aprieta en la madrugada, pa’legarme la mañana... Al negro de mis amores, no le gustan los mirones... Apaguen las luces de la ciudad, que al negro le gusta la oscuridá...”

Clavel escarlata

Ella soñó que la asaltaban, que entregaba el dinero que llevaba (el pago por su trabajo en el tango club), que defendía al muleto con su vida, que le daban un puntazo en el vientre, como una operación de apéndice, sin necesidad ni anestesia. En ese delirio somnoliento, sintió que brotaba de sus venas una dolorosa flor carmesí.

Se despertó, con un grito, en el momento en que los adoquines se cubrían con su sangre, y vio que estaba en la guardia de un hospital, se levantó, y notó temblando en la bata, una suave mancha carmín a la altura del vientre. El médico, canas en la cabeza, barbilla en punta, le dijo que la trajeron dos viejos que la habían encontrado perdida y mareada en los bulevares cercanos y que la próxima vez evite tomar tanto alcohol. Con una sonrisa cómplice y fraternal una morenita, alma blanca y piel carbón, le entregó el esmoquin, el corbatín, la ropa interior y la camisa lavadas y planchadas. El traje lo traía de la tintorería. El listón del pantalón y las solapas del saco, como las botitas de charol recién lustradas, relucían como un espejo, bruñido y viejo y brillaban como el pellejo del bailarín. Vislumbró una sonrisa franca de dientes africanos, una mirada plena de dulzura como una estrella en el cielo de crespón.

Chicharras, sirenas y fuelles

Unas compañeras de la orquesta tanguera vinieron a buscarla, se sentía ridícula al vestirse con ese luto canero, y sus ojos se licuaron cuando abrió el estuche del violín y vio al muleto impecable, todavía con el polvo de la resina. Las músicas le dieron el celular que había olvidado en el tango club, la acompañaron a su casa, ella le contó su llegada al bar y las bandoneonistas, entre las bromas por su desmayo licoroso, le preguntaron:

—¿Cuántos negronis tomaste?”

Y ella contestó:

—No sé, tres o cuatro.

—Que aguante flaca ¿Sola?

—Con un viejo muy amable que me contaba historias siniestras.

—¿Y después te lo llevaste pa'l cuarto?

—No me acuerdo, con el viejo seguro que no.

—¿Y con quien, entonces, viste la luz del día?

Ella vislumbró un cuerpo sudoroso de un subsahariano, un yoruba de Nigeria, oscuro y viejo, con unos labios enormes que la besaban y unas manos firmes que la acariciaban mientras sentía un deleite supremo, pero todo parecía no ser más que un sueño y, para salir del apuro les dijo a las amigas:

—Con la enfermera de la guardia, la que me trajo la ropa y el violín.

—Poco cierto, dale contanos la verdad... Si se te nota que tuviste una alegría. Dale, queremos los detalles de la milonga— dijeron rezongando las bandoleras.

Ella se detuvo, aún la resaca castigaba su nuca y en su cerebro se mezclaron las milongas. Una combinación de recuerdos y sueños que la hicieron trastabillar. Las rodillas se le aflojaron, en su mente una enagua de música la atropelló. Milonga pa'recordarte, milonga sentimental... tal vez te provo-

que risa verme tira... Me acuerdo, fue en Balvanera en una noche lejana... Vaya pues esta milonga para...

Las mujeres que la franqueaban se frenaron y previniendo el mareo de la amiga, la sostuvieron:

—¿Estás bien?

—Sí, sí, un “déjà vu”, ya pasó.

—Lo del sábado próximo se suspendió, nos vamos de joda, ¿venís?

—Huy, un sábado sin chicharras, ni sirenas... creo que me quedaré estudiando.

Las tres mujeres tuvieron que desviarse porque la policía había precintado las calles cercanas al hogar de la violinista. Dos ladrones con frondosos antecedentes yacían inertes boca abajo; era evidente que habían sido liquidados tras el desfile de las murgas. Dos balas certeras de un calibre en desuso los habían expatriado para siempre y los hampones no tendrían otro destino que el de mudarse a la “quinta del ñato”. Un charco de sangre los enmarcaba en la callejuela infectada por oficiales y ambulancias. Unas partituras con tangos instrumentales revoloteaban por las veredas del bulevar, huyendo del patético espectáculo. Todo parecía un crimen mafioso, como en los viejos tiempos.

Abstinencia previa

Ayunó por dos días para sacarse todas las posibles consecuencias del Negroni. Para sacarse del cuerpo el Gin, el Campari y el Vermú rojo, para eliminar ese trago de sangre licuada, amargo y dulce como la milonga y el tango. Y estudió con ahínco las obras para el concurso, sin probar ni una gota de ese alcohol de añoranza con rodaja de naranja que clama venganza, esperando el día de la verdad.

Requiebre final

Se vistió con una blusa de broderie, la misma que había usado en su examen de graduación, la que su madre estrenó en el civil, la prenda de la suerte. En la transparencia apenas se notaba en su vientre la mancha carmín. Se sentía más femenina, se maquilló suavemente, aunque sabía que el concurso era detrás de un biombo y los jurados no la verían, aflojó el arco, y lo guardó junto al violín, metió las partituras en el bolsillo de la funda. Levantó la mirada, tela rasgada, cargó el instrumento, glorias pasadas, pena y tormento, a todo o nada, llegó el momento.

Salió a la calle y se dirigió al teatro donde era la prueba, estaba segura, el concierto XII de Locatelli, la obra de su elección, lo tenía impecable como así también la endiablada cadencia, aunque “Il Laberinto Armónico, “Facilis aditus, difficiles exitus””, siempre es preocupante. La obra impuesta era “La Campanella” y temblaba por desconocer cuál sería el solo a primera vista que le darían.

Se encontró en el hall con los otros concursantes que la miraron con recelo y con odio, las nuevas normativas legislativas daban prioridad a las mujeres. Ella presentó la planilla de inscripción, el empleado la leyó y le dijo:

—Falta un dato —señalándole el apartado “sexo”

—No, no quiero ganar por mi condición, no quiero privilegios por ser mujer, que quede en blanco.

—Bueno, como quiera, usted es la primera en pasar.

Se sentó, abrazó al muleto, y se dijo para sí misma, “Ya vienen tiempos mejores, y que lo diga la suerte, con el violín de mis amores, fiel, fiel hasta la muerte.

La llamaron, se levantó y entró a ese patíbulo frío y sin público visible. Entregó las partituras al pianista acompañante, acomodó el atril, repasó la

afinación y tocó lo mejor que pudo. No se quedaría para escuchar a los otros concursantes, ni para saber el resultado. Salió del teatro apurada, ansiosa y frenética. Enfrentó aquellas híbridas hipotenusas empedradas, buscando aquel lugar donde la habían asaltado la otra noche.

Ahí, en las cercanías del Bar... Ahí, en el barrio del tambor... Ahí, donde encontró el éxtasis supremo... Ahí, con la esperanza de que la atacaran y la mataran otra vez.

L. F. C

* * *

Pena mulata (Piana – Manzi)

Cornetín (Piana – Manzi)

Milonga sentimental (Piana – Manzi)

Siga el baile (Warren)

El títere (Piazzolla – Borges)

Jacinto Chiclana (Piazzolla – Borges)

Concierto ópus 3 “L’ arte del violino” N.º XII “Il Laberinto Armónico,
“Facilis aditus, difficiles exitus”” (P. A. Locatelli)

La Campanella (tercer mov del concierto para violín ópus 7) (N.
Paganini)

«*Mosaicos*»

Cosla, Luis Fernando

Obra de dominio público.

Edición digital de literatura.ar,

libre de leer, copiar y compartir.

<https://literatura.ar/autor/cosla-luis-fernando/obra/mosaicos>